

Soy enemigo de la democracia cuantitativa, y más aún entre nuestros pueblos ignorantes; pero ya que no es posible siquiera una evolución hacia la funcional, tal como la recomendaba inútilmente en Chile hace ochenta años Lastarria, ensáyese la organización aquélla o cualquiera otra, poniendo

buena fe en nuestros propios asuntos, si pretendemos que en ellos la pongan también los extraños. El dilema es biológico:—Organizarse o desaparecer.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

San José de Costa Rica, 14 de marzo de 1923.

Reflexiones

Esto de que un día una idea que habíamos amado profundamente, se aleje de pronto de nosotros, y quizás para siempre, es tan cruel como si la idea fuese una mujer. La experiencia es frecuente en la vida del hombre de estudio, mas no se presenta siempre, por fortuna, con caracteres de tragedia. Antes bien, suele acontecer que se sienta la alegría de abandonar una idea cuya vitalidad llega a parecerse gastada, y más, ante el prestigio de una nueva idea que nos seduce. Pero cuando la idea se va como a pesar nuestro, y se esfuerza por no hacerlo, y parte, al fin, manifestándonos su dolor y dejándonos su última luz, entonces sufrimos horriblemente. ¡Es horrible en realidad mirar a una idea que hemos amado, ensangrentada por la garra de nuestro propio pensamiento! Y sentir que mientras hay algo

en nosotros que ansía conservarla, que la ama todavía, que pone ternura en el adiós inevitable, hay algo también que nos impone con severidad que miente el deber de separarnos bruscamente.

Mientras tanto, en la cámara elegante, fría de mármoles, serenamente iluminada, la otra idea nos espera. Hace alarde a nuestra llegada de cierto imperio, como que sabe que la aceptaremos sin poder evitarlo, y que con el corazón lleno de nostalgia, le entregaremos la vida, siquiera por un tiempo. Y nos parece que esta idea, de la cual podrá depender hasta el perfeccionamiento de nuestra misma bondad, tiene algo de pantera. Y casi odiándola, caemos en sus brazos....

OMAR DENGO

La abstención de los Estados Unidos

EL ilustre representante de «La Nación», de Buenos Aires, D. Baldomero Sanín Cano, ha tenido la bondad de comentar en «El Sol» con su habitual penetración el artículo por nosotros publicado en las columnas de «La Libertad», y en el cual, al glosar la idea de un Congreso hispano-americano, relacionábamos la viabilidad de este proyecto con la actitud de los Estados Unidos. (1)

Como Sanín Cano lo hace notar, los Estados Unidos, en su acción exterior, se dejan influir inadecuadamente por la política de partido en sus más estrechas manifestaciones. Nosotros, intentando llevar esa afirmación a sus últimas consecuencias, diríamos que en los Estados Unidos se aprecia una carencia absoluta de orientaciones internacionales continuas. Otros pueblos han conocido crisis políticas internas más hondas que las implicadas por las luchas de demócratas y republicanos; ello no fué obstáculo para el mantenimiento de una perceptible continuidad

internacional. El caso de Rusia lo pone de manifiesto: a pesar de la inabarcable distancia que media entre el régimen comunista y la política de los zares, se aprecian coincidencias evidentes entre la acción exterior del Gobierno soviético y las miras de Pedro el Grande. Juzgamos, por tanto, de muy difícil prolongación la actitud abstencionista de los Estados Unidos frente a los problemas europeos. Los hombres de la Casa Blanca han creído que el alejamiento geográfico permitía la realización de un espléndido aislamiento. Ya Inglaterra intentó practicar esa política de orgulloso abstencionismo, hasta que, percatada de su improcedencia, tuvo que incrustarse en la política europea, activa y vigilante. El fenómeno se repetirá en los Estados Unidos. Existen manifestaciones inequívocas en este sentido, y que es oportuno destacar.

El presidente Harding decía recientemente que el más vehemente deseo de los Estados Unidos consiste en ser «secourables». Por su parte, el Senado ha votado una resolución demandando al Gobierno la convocación de una

Conferencia en la cual se aborde el problema de la reducción de los armamentos terrestres y como un medio de obtener el asentimiento de Francia—la opinión americana recuerda las declaraciones de Briand en la Conferencia de Washington—, solicitan la conclusión de un pacto de garantía que asegure a Francia la solidaridad de los firmantes en caso de ser agredida.

Estas reflejadas manifestaciones hacen pensar en el ocaso del denominado «americanismo al cien por cien»; tanto más, cuanto que ya no depende de la voluntad norteamericana el mantenimiento de una política que quiere ignorar a Europa. Son los Estados Unidos acreedores en gran escala del Viejo Continente; de poco sirve que el Parlamento norteamericano haya votado una ley exigiendo de los aliados el pago de las deudas contraídas, requiriéndolos para que lo verifiquen en un plazo máximo de veinticinco años y señalando un interés de cuatro y medio por cien. El cumplimiento de esas obligaciones depende del problema de las reparaciones, y no es lógico demandar comprensión de los aliados acreedores y mostrarse intransigente frente a los aliados deudores.

Todo lo aducido anteriormente autoriza a suponer que la abstención norteamericana toca a su fin.

Realizado el supuesto de la cooperación norteamericana en la política europea, ¿se traduciría este cambio político en una mayor posibilidad de acción hispano americana? La duda viene a nuestro espíritu al formular esa pregunta. Por razones que a continuación exponemos.

Toda acción hispano-americana debe implicar algo más que una tendencia racial. Nuestra misión ha de ser depuradora, ya que si a España pueden afectarle de un modo genérico las injusticias que graviten sobre otros pueblos, de un modo específico tienen que causarle dolor los sojuzgamientos padecidos por naciones que son carne de su carne y sangre de su sangre. Por eso, todo español que sienta la emoción de la justicia debe condenar la acción imperialista yanqui en todas sus manifestaciones. Esa inclinación depuradora encuentre entre nosotros afición y simpatía crecientes. Pero ya no acaece lo propio en los centros oficiales, menos sensibles o exageradamente recatados. Tuvo la España oficial ocasión propicia para exteriorizar su afecto hacia aquellas Repúblicas con ocasión de celebrarse la última Asamblea de la Sociedad de Naciones. Allí la acción hispano-americana se redujo al consabido ágape anual y los inevitables discursos prometedores de una solidaridad, hasta ahora meramente retórica. Esto, a pesar de que el punto de coincidencia común estaba

(1) Artículo y comentario véanse en el número 25 de este tomo.